



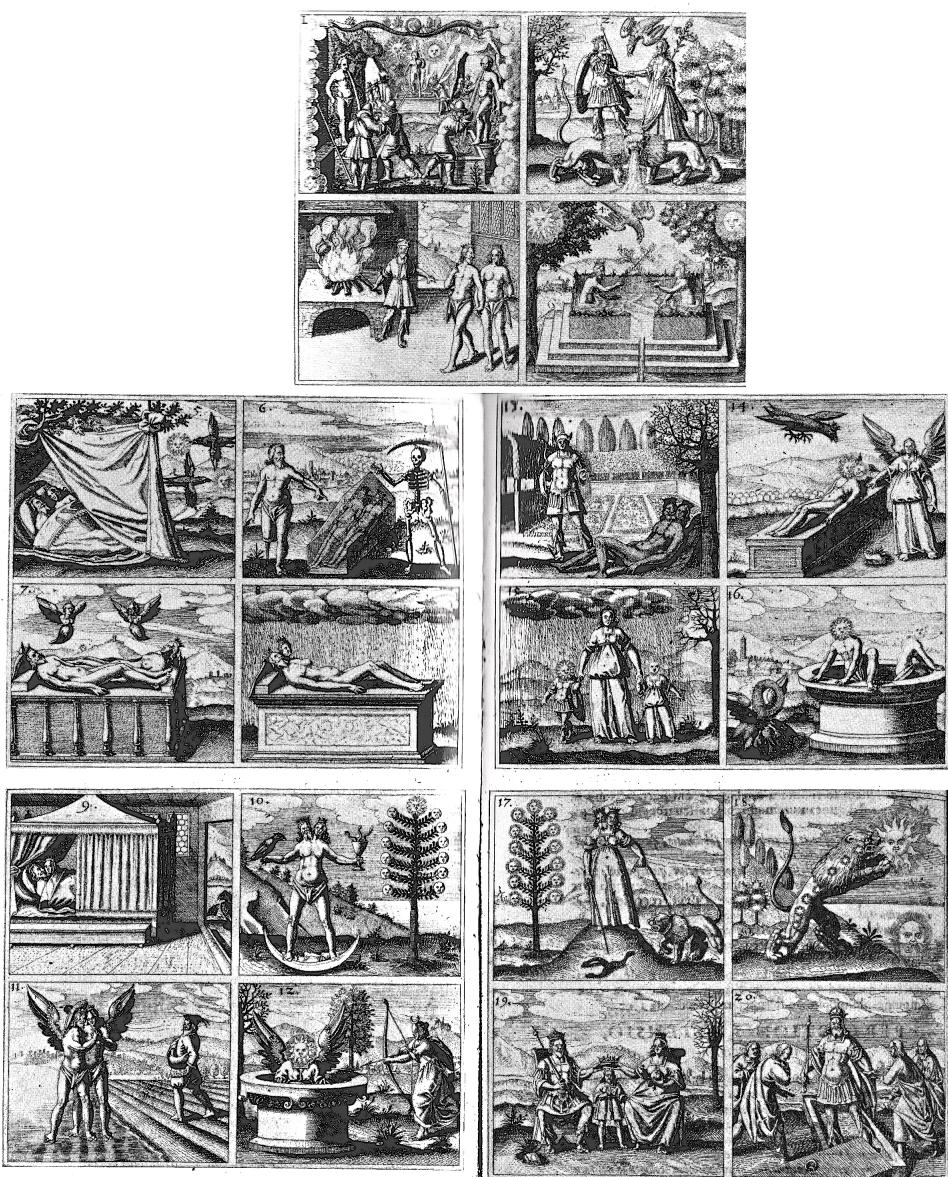
"Finalmente, la alquimia parece haber conocido un erotismo sagrado curiosamente similar al del Tantrismo. La cosmología hermética está íntimamente relacionada en este ámbito, pero de un modo que es muy difícil de establecer con precisión, a las prácticas del "amor cortesano", al "amor provenzal", y finalmente a las que la caballería heredó de las antiguas sociedades pastoriles de occidente a través de la iniciación de hombres jóvenes y que implicaba un simbolismo "ctónico" y "femenino" de la divinidad. Así, aparte de la sociedad patriarcal de la Edad Media, que enfatizaba principalmente la función biológica del matrimonio y

que vio en la perpetuación de la especie la excusa para pecados de la carne, sobrevivieron tradiciones más primordiales: una que enfatiza el simbolismo positivo del amor y lo reviste con el propósito de regeneración espiritual. Parece que debe haber existido un matrimonio alquímico consagrado a la consecución de la Gran Obra y que es similar al matrimonio Tántrico del Tíbet, cuya meta reconocida no es la procreación de niños sino la iluminación. Son frecuentes las alusiones a la soror mystica (www.giurfa.com/soror.pdf), a la "consorte de servicio", en los textos de alquimia; todas las operaciones representadas en el MUTUS LIBER ("Libro Mudo") son realizadas por una pareja que al final es transfigurada en el HIEROGAMOS (ιερος γαμος = ieros - gamos = "unión sagrada") del Sol y La Luna; por otra parte, varios textos mencionan que es necesario el esfuerzo combinado de un hombre y una mujer para la consumación de la obra; finalmente la casi mítica renovación de Nicolás Flamel y de la Dama Pernelle enfatiza la importancia acordada por los alquimistas al matrimonio espiritual. De hecho es claro que el amor humano podría ser expandido por las ideas alquímicas acerca de la sexualidad cósmica(y quizás, secretamente, acerca de la "sexualidad" divina). Es también claro que el deseo, experimentado en desapego e inocencia podría ayudar al "hombre rojo" y a la "mujer blanca" a capturar en su fuente misma la femineidad de la "materia". Para la cristianidad occidental el amor puede, a lo más, ser santificado. Para la alquimia, podía tornarse santificante. Esta

unión al servicio de la obra no era fácil. Ella implicaba tres requerimientos: El primero parece haber sido una pureza no comprometida y una "sensibilidad espiritual extrema", de modo que el placer nunca se cerrase sobre sí mismo sino que pudiera despertar un amor que se expandiese más y más y se tornase menos y menos individual. Siguiendo el esquema platónico usado a menudo por la alquimia como también por los trovadores, tal amor lleva de la belleza del cuerpo a la del alma, y, finalmente, es reabsorbido en "el amor de Dios quien creó la belleza". Así "la unidad de todos los estados del amor" pudiera llevar del abrazo que ciegamente transmite MORT (muerte) al A-MORS (sin-muerte), el que, siguiendo el profundo juego de palabras de las "cortes de amor", despierta el sentimiento de la eternidad. El segundo requerimiento era por tanto trasponer este amor en amor cósmico. Al final, no era más este hombre o aquella mujer sino el Sol y la Luna que se unían "para dar nacimiento a Dios". "En esta segunda operación", escribió Flamel a un pintor que había ilustrado uno de sus trabajos, "Ud. tiene que juntar las dos naturalezas, la masculina y la femenina y tiene que desposarlas". . . esto es, ellas no forman sino un solo cuerpo, que es el andrógino o hermafrodita de los antiguos. El hombre como ha sido dibujado aquí ciertamente se me parece hasta el último detalle, y la mujer representa a Pernelle en una manera vívida. El pintor tenía solamente que representar lo masculino y lo femenino pero le complació dibujarnos aquí como ellos". Así "el hermafrodita" es la meta, esto es, el secreto origen que impulsa al hombre y a la mujer mutuamente, así como en las doctrinas orientales el niño deseando nacer los reúne en unión puramente carnal. De modo de preparar este "pasaje al final", el matrimonio alquímico no era presentado como una mera fusión, sino como un encontrarse cara a cara lentamente transformado por el "arte" en una unión de complementarios. El tercer requerimiento, la unión de complementarios, relaciona los pasos del trabajo alquímico a las relaciones del hombre y la mujer: la "disolución" de lo negativo masculino en lo positivo femenino, la "fijación" de lo negativo femenino por lo positivo masculino. Sin embargo, se trata aquí menos de una cuestión de fases sucesivas que de una constante interacción que logra más y más "cristalizaciones" nobles de amor, hasta que se logra la transmutación final. Esta interacción es la clave para la "operación con dos vasos" entre los cuales debe de tener lugar una circulación vivificante y perfectamente recíproca: estos "gemelos" (Gemini) estaban arreglados de modo tal que el producto destilado de cada uno, su ángel, pudiera verterse de modo de purificarlo en la parte opaca del otro. Un intercambio creador que también parece haber constituido uno de los fundamentos del amor provenzal: "Todo tiene lugar", escribe R. Nelly, "como si la erótica provenzal hubiera tratado de injertar en el hombre la cualidad 'dominante' de la mujer: cariño por el cuerpo,

'piedad'; y en la mujer el coraje y la virtud masculina. Este injerto, el cual busca que actualizar el andrógino en cada cual, es maravillosamente simbolizado por dos miniaturas en un manuscrito del siglo XV que Jung ha reproducido en su obra "Psicología y alquimia": durante la "mortificación" que es una preparación para el matrimonio y que toca a ambos sexos simultáneamente, el árbol de la vida es visto crecer del vientre del hombre y de la cabeza de la mujer; como si el hombre, para llegar a ser merecedor de una unión auténtica tuviera que despertar la parte femenina en sí mismo, tuviera que renunciar al razonamiento de la cabeza para sentir el movimiento de sus entrañas; y como mujer tenía que despertar su parte masculina liberándose del despotismo sensual y maternal de su vientre con el fin de tomar parte lúcidamente en la vocación del hombre. Finalmente, puede ser que los alquimistas conociesen no solamente del matrimonio propiamente dicho, sino de ciertas "técnicas" eróticas similares al Tantrismo y dirigidas a despertar la energía del sexo sin permitirle ser desgastada en la emisión seminal. Los textos presentan a menudo el símbolo grecorromano de la "Diana desnuda" al cual relacionan al alma del mundo, la visión de la cual es la meta del "trabajo en el blanqueado". Ahora sabemos que el "amor puro", medieval que es el amor sin unión carnal, incluía la contemplación de la Dama desnuda. Como en el tantrismo donde la desnudación de la virgen "simboliza" purificación, donde las prendas representan aquí las apariencias exteriores. Esta práctica implicaba una total sublimación: los textos predecían que el profano que se atreviese a mirar a "Diana desnuda" con ojos de deseo correría el destino de Acteon, transformándose en un animal que sería devorado por los perros. Finalmente, la alquimia pudiera haber empleado un MAITHUNA, esto es una unión sexual ritual en la cual la esperma, en el momento de la emisión es abruptamente retenida y debe "re ascender", de modo que la concentración más elevada de vida, la cual ella contiene, pudiera entrar inmediatamente en el plano psíquico y provocar un shock liberador. En un texto hermético-cabalístico el Asch-Mezareph, hallamos una referencia a un procedimiento de este tipo en la referencia al simbolismo bíblico del lanzamiento del arma de Phineas: "La lanza penetra al mismo tiempo al israelita solar y al medianita lunar en el momento de su unión en el Locis Genitalibus. . . El punto de fuerza del hierro, actuando sobre la materia la limpia de toda su contaminación. Aquí el israelita no es otro que el azufre masculino y la medianita debe ser entendida como agua. . . la lanza de Phineas no sólo mata el azufre masculino sino también mortifica a su esposa; y juntos son transmutados al mezclar su sangre en un singular acto de generación: Es entonces que los milagros de Phineas empiezan". <http://www.giurfa.com/alquimia.pdf>

Plates III-VII.
The Alchemical Process Shown Pictorially
(From the *Philosophia Reformata* of Mylius)





Finally, alchemy seems to have known a sacred eroticism curiously similar to that of Tantrism. Hermetic cosmology is in this realm closely linked, but in a way that is quite difficult to state precisely, to the practices in "courtly love," to provençal love, and finally to conceptions chivalry inherited from the old peasant societies of the West through the channel of initiations of young men and which implied a "chthonic" and "feminine" symbolism of divinity.

Thus, apart from the patriarchal society of the Middle Ages which chiefly emphasized the biological function of marriage and saw in

the perpetuation of the species the excuse for sins of the flesh, another, more primordial tradition has survived: one which emphasizes the positive symbolism of love and endows it with the aim of spiritual regeneration.

It seems that there must have existed an alchemical marriage consecrated to the pursuit of the great work and similar to the Tantric marriage of Tibet whose acknowledged aim is not the procreation of children but illumination. Allusions to the sonor mystica, to the "consort in service," are frequent in the alchemical texts; all the operations represented in the *Mutus Liber* are performed by a couple who in end are transfigured into the *hierós gamos* of the Sun and the Moon; moreover, several texts specifically state that the combined effort of a man and a woman is necessary for the completion of the work; finally the almost mythical renown of Nicholas Flamel and of Dame Pernelle emphasizes the importance accorded by the alchemists to the spiritual marriage. In fact, it is clear that human love could be expanded by alchemical ideas about cosmic sexuality (and perhaps, secretly, about divine "sexuality"). It is also clear that desire, experienced in detachment and innocence, could help the "red man" and the "white woman" to capture at its very source the femininity of "matter." For western Christianity, love can at best be sanctified. For alchemy, it could become sanctifying.

This union in the service of the work was not easy. It implied at least three requirements.

The first seems to have been an uncompromising purity and an extreme "spiritual sensitivity," so that pleasure might never close up on itself, but might awaken an ever-expanding love, become less and less individual. Following the Platonic schema often used by alchemy as well as by the troubadours, such love leads from the beauty of the body to that of the soul and finally is reabsorbed in "the love of God who created beauty." Thus the unity of all the states of love could lead from the embrace which blindly transmits mort (death) to the a-mors (deathless), which, following the deep play on words of "the courts of love, "awakens the sense of eternity.

The second requirement was therefore to transpose this love into cosmic love. In the end, it was no longer this man or that woman but the Sun and the Moon which were united "to give birth to God."

"In this second operation," wrote Flamel to a painter who had illustrated one of his works, "you have to put together two natures, the masculine and the feminine, and you have married them....that is, they form but one single body, which is the Androgyne or Hermaphrodite of the ancients. The man as outlined here certainly resembles me down to the last detail, and the woman depicts Pernelle in a lively manner. The painter had only to represent the Masculine and the Feminine, but it pleased him to draw us, here as them."

Thus "the hermaphrodite" is the aim, that is, the secret origin which impels man and woman toward one another, just as in Eastern doctrines the child wishing to be born reunites them in a purely carnal union. In order to prepare this "passage to the end" the alchemical marriage was not presented as a vague fusion, but as a meeting face to face slowly transformed by the "Art" in a union of complementaries.

The third requirement of this love, the union of complementaries, relates the steps of the alchemical work to the relation of man and woman: the "dissolving" of the negative masculine in the positive feminine, the "fixation" of the negative feminine by the positive masculine. However, it is less a question here of successive phases than of a constant interaction that brings about more and more noble "crystallizations" of love, until the final transmutation is achieved. This interaction is the key to the "operation with two vessels," between which a vivifying and perfectly circulation has to take place: these "twins" (Gemini) were so arranged that the product distilled from each, its

"angel," might pour in order to purify it into the opaque part of the other. A creative exchange, which also seems to have constituted one of the foundations of Provençal love:

"Everything takes place," writes R. Nelli, "as if Provençal Erotica had tried to graft onto man the dominant 'quality' of woman: compassion for the body, 'mercy'; and onto woman courage and masculine virtue."

This graft, which seeks to actualize the Androgynie in each partner, is wonderfully symbolized by two miniatures in a fifteenth century manuscript which Jung has reproduced in his work, Psychology and Alchemy: during the "mortification" which is a preparation for the marriage and which strikes both sexes simultaneously, the Tree of Life is seen to grow out of the belly of the man and out of the head of the woman; as if man, in order to become worthy of an authentic union, had to awaken the feminine part in himself, has to renounce the reasoning of the head in order to feel the motion of his entrails; and as a woman had to awaken her masculine part by freeing herself from the sensual and maternal despotism of her belly to take part lucidly in the vocation of man.

Finally, it may be that alchemists knew, not only of the marriage properly so-called, but of certain erotic "techniques" similar to those of Tantrism and intended to awaken the energy of sex without allowing to be wasted in seminal emission. The texts often present the Greco-Roman symbol of the "naked Diana" which they liken to the Soul of the World, the vision of which is the goal of "the work in the whitening." Now we know that the medieval "pure love," that is love without carnal union, included the contemplation of the Lady in the nude. As in Tantrism, where the "denudation of the virgin" symbolizes "purification," the garments here represented the outer appearances. This practice implied a complete sublimation: the texts predicted that the profane who dare to gaze lustfully at the "naked Diana" would share the fate of Acteon—transformation into an animal which would be devoured by the dogs.

Finally alchemy may have employed a maithuna, that is a ritual sexual union in which the sperm, in the moment of emission, is abruptly stopped and must "reascend," so that the highest concentration of life which it embodies might immediately enter into movement on the psychic plane and provoke a liberating shock.

In a Hermetico-Kabbalist text, the *Asch-Mézareph*, we find a hint of a procedure of this kind in the reference to the biblical symbolism of the thrust of

Phineas's spear: "The lance pierces at the same time the solar Israelite and the lunar Medianite at their moment of their union and in locis genitalibus... The point of force of the iron, acting on Matter, cleanses it of all its defilement. Here the Israelite is nothing other than masculine Sulphur and the Medianite should be understood as Water... Phineas's Lancelot only kills the masculine Sulphur, but also mortifies his wife; and together they are transmuted by mingling their blood in a single act of generation: it is then in fact that the miracles of Phineas begin. <http://www.giurfa.com/alchemy.pdf>